



Día del Mayor 2024

PEREGRINOS DE ESPERANZA

Subsidio litúrgico

*En el domingo 6 de octubre de 2024, XXVII Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo B.
Este subsidio se puede utilizar también en otro día.*

I.- Ritos iniciales

Monición de entrada

El sacerdote celebrante, después de signarse y saludar al pueblo, dice la siguiente introducción al acto penitencial:

Queridos hermanos:

En este primer domingo de octubre, celebramos con gozo y alegría el Día del Mayor, dando gracias a Dios por nuestros mayores, por todo lo que ellos nos están continuamente dando y, en especial, por su gozoso testimonio de una vida fundada en la fe, el amor y la esperanza en Dios.

Nos estamos acercando al Jubileo del próximo año 2025, que está dedicado a la esperanza. Los mayores son peregrinos de esperanza, están recorriendo el camino de la vida con la vista puesta en Jesús que nos aguarda para hacernos partícipe de la gloria eterna. Como peregrinos que son, también quieren que recorramos con ellos este camino de esperanza y, por ello, colaboran en la acción pastoral de la Iglesia transmitiendo el tesoro que alberga su corazón tanto a las nuevas generaciones como a los que también son mayores como ellos.

Vamos a dirigir en este día nuestras oraciones al Padre para que les conceda una larga y feliz ancianidad, sintiéndose acompañados por la Iglesia y sus seres queridos, en el amor de Dios.

Pidamos también nosotros perdón al Señor por todos nuestros pecados y especialmente por cuantas veces no hemos cuidado y asistido a nuestros hermanos mayores como Dios quiere.

(Silencio)

Tú, que nos das el don del perdón y la misericordia. Señor, ten piedad.

℞. Señor, ten piedad.

Tú, que guías nuestro peregrinar de esperanza. Cristo, ten piedad.

℞. Cristo, ten piedad.

Tú, que nos esperas en la vida eterna. Señor, ten piedad.

℞. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

℞. Amén.

En el domingo, se recita o canta el “Gloria”.

Oración colecta

Del día en que se celebra.

En el XXVII Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad:

Dios todopoderoso y eterno,
que desbordas con la abundancia de tu amor
los méritos y los deseos
de los que te suplican,
derrama sobre nosotros tu misericordia,
para que perdones lo que pesa en la conciencia
y nos concedas aun aquello
que la oración no menciona.
Por nuestro Señor Jesucristo.

O la de la Misa “Por los familiares y amigos”, incluso el domingo: cf.: Misal Romano n. 374.

Oh, Dios,
que, por la gracia del Espíritu Santo,
has infundido los dones de la caridad
en el corazón de tus fieles;
concede a tus siervos,
para quienes suplicamos tu clemencia,
la salud del cuerpo y del alma,
para que te amen con todas sus fuerzas
y realicen con todo amor
lo que es de tu agrado.
Por nuestro Señor Jesucristo.

II.- Liturgia de la palabra

Ideas para la homilía

*En el domingo 6 de octubre.
Las ideas que siguen pueden también
servir para la celebración en otro día.*

Queridos hermanos:

Nuestra Iglesia en Valencia se une a la celebración internacional del Día del Mayor, en las cercanías del Jubileo del próximo año 2025, que está especialmente dedicado a la esperanza y que pretende ser un tiempo de encuentro, vivo y personal, de todos nosotros con Jesús, nuestra esperanza. Como nos dice el Papa Francisco en la Bula por la que convoca el Jubileo, recordando a san Pablo: «la esperanza no defrauda» (Rm 5,5).

Es, precisamente, la esperanza una de las mayores cualidades que anima la vida de nuestras personas mayores. Ciertamente, todos esperamos. En general, por cosas que nos son muy cercanas o deseadas: el bien, lo bueno, la salud, la cercanía y el amor de nuestra familia y amigos... Pero muchas veces, nuestra esperanza humana queda debilitada por las dudas y los temores acerca de lo que nos traerá el mañana: el miedo a la enfermedad, a las desgracias, a la ancianidad, a los problemas económicos o familiares... nos intentan robar la alegría de la vida, especialmente cuando somos mayores. Por eso, encontramos tantas personas desanimadas, que miran el futuro con pesimismo, de una manera negativa, fijándose más en los nubarrones que se abren en el horizonte de nuestro caminar, que en disfrutar del mismo viaje o de fijar nuestra mirada hacia donde nos dirigimos.

Pero nuestra esperanza no se reduce sólo a este mundo que pasa —con sus luces y sombras—, al contrario, sino que mira hacia el más allá: el cumplimiento de la gozosa promesa de Jesús que nos lleva a la verdadera alegría a la que nos está llamando: la vida eterna. La esperanza nunca nos defrauda porque nace del amor y nos lleva al Amor que es Dios; porque está fundada —como muy bien dice san Pablo— en la certeza de que nada ni nadie «ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rm 8,39).

Nuestra vida es como un largo camino en el que peregrinamos, desde que nacemos hasta que llegamos a nuestra meta: la vida que no tiene fin. En él brilla la luz de la esperanza que lo ilumina y nos guía. Nuestros mayores ya lo han recorrido en gran parte y saben que en la vida no sólo hay momentos buenos y felices, sino también sufrimientos y pesares; no sólo hay días espléndidos y soleados, sino igualmente tormentas y tempestades, que a veces pueden ocultar al sol que nos ilumina.

Pero del mismo modo, tienen la experiencia de que después de las tormentas viene la calma, después de los densos nubarrones el sol siempre vuelve a salir, tras los sufrimientos y angustias encontramos a Jesús que irradia la luz de la esperanza sobre nuestros

cansados corazones y nos lleva sobre sus hombros para que no desfallezcamos en nuestro caminar.

Ellos poseen la sabiduría que da la experiencia del largo camino de la vida que están recorriendo y disfrutando, y del que seguirán gozando en esa feliz ancianidad que Dios también nos quiere regalar, si perseveramos unidos a Él. La vida nos enseña a dar el auténtico valor a los acontecimientos y a las cosas, a disminuir la importancia y consecuencias de los sucesos adversos –de los que está llena nuestra existencia– y a disfrutar de los buenos momentos de la vida –pequeños y grandes–, que son más numerosos.

Pero, ante todo, la esperanza profunda de nuestros mayores es fruto de la fe en Dios que nos ama y nos cuida. La fe ilumina los acontecimientos de nuestra existencia –buenos y malos– mostrándonos que Dios se vale de todos ellos para ir construyendo –día a día–, en cada uno de nosotros, la maravillosa historia de salvación en la que derrama su amor paternal sobre todos sus hijos. La fe nos revela que todo lo que nos sucede es para nuestro bien y nos muestra cuál es el sentido último de nuestra existencia terrena, de nuestro peregrinar hacia la Casa del Padre: la vida eterna a la que Él nos llama e invita.

Los mayores manifiestan con sus palabras y obras, con sus actitudes y con toda su vida, la alegría de la esperanza en Cristo que nos estimula, más allá de las pruebas y contrariedades de la vida, a caminar sin perder de vista la grandeza de la meta a la que hemos sido llamados: el cielo.

¡Qué gran gozo es poder compartir con nuestros mayores el tesoro de la alegría de la esperanza de la que son tan experimentados portadores!

III.- Oración de los fieles

Sacerdote:

Elevemos, hermanos, nuestra oración a Dios Padre, en quien ponemos nuestra esperanza, y le pedimos que acoja y cuide especialmente a nuestros hermanos mayores.

Lector:

- Por el Papa Francisco, por nuestro Arzobispo Enrique y por todos los pastores de la Iglesia: para que guíen en la esperanza al pueblo santo de Dios. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.
- Por nuestras autoridades: para que asistan y protejan a nuestros mayores, ayudándoles en sus necesidades materiales y espirituales, defendiendo su derecho a la vida y a la salud hasta el fin natural de sus días. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.
- Por los mayores: para que sigan transmitiendo el gozo de la esperanza en Cristo a las nuevas generaciones, con el ejemplo de una vida fundada en la fe y ardiente en el amor. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.
- Por nuestros hermanos ancianos: para que disfruten de una feliz ancianidad, conserven la salud y se sientan queridos por Cristo que nos cuida en el camino de la vida. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.
- Por las familias: para que, unidas en el amor, atiendan con afectuosa generosidad a sus mayores, confortándolos en su ancianidad, y nunca los abandonen ni los olviden. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.
- Por los que cuidan a los mayores: para que lo hagan con amor y ternura, sabiendo que Cristo está siendo servido en ellos. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.
- Por todos nosotros: para que acompañemos a nuestros mayores en nuestro peregrinar hasta que nos encontremos con Cristo. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.

Sacerdote:

Padre santo, que la gracia del Jubileo reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza, el anhelo de los bienes celestiales y derrame en el mundo entero la alegría y la paz de nuestro Redentor. Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén.

IV.- Liturgia eucarística

Del día en que se celebra.

En el XXVII Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad:

Acepta, Señor, el sacrificio establecido por ti
y, por estos santos misterios
que celebramos en razón de nuestro ministerio,
perfecciona en nosotros como conviene
la obra santificadora de tu redención.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

O la de la Misa “Por los familiares y amigos”, incluso el domingo: cf.: Misal Romano n. 374.

Ten misericordia de tus siervos, Señor,
por quienes ofrecemos este sacrificio
de alabanza a tu majestad;
que, por estos santos misterios,
obtengan la gracia de tu bendición
y la gloria de la eterna bienaventuranza.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

V.- Ritos de conclusión y despedida de la asamblea

Oración después de la comunión

Del día en que se celebra.

En el XXVII Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad:

Concédenos, Dios todopoderoso,
que nos alimentemos y saciemos
en los sacramentos recibidos,
hasta que nos transformemos
en lo que hemos tomado.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

O la de la Misa “Por los familiares y amigos”, incluso el domingo: cf.: Misal Romano n. 374.

Después de recibir los santos misterios,
te rogamos, Señor,
que concedas a tus siervos,
a quienes concediste que nos amaran,
el perdón de los pecados,
consuelo en la vida
y tu amparo constante,
para que todos nosotros,
sirviéndote con un mismo corazón,
merezcamos reunirnos con gozo en tu presencia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición

El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

Dios, fuente de todo consuelo,
disponga vuestros días en su paz
y os otorgue el don de su bendición.

R. Amén.

Que él os libre de toda perturbación
y afiance vuestros corazones en su amor.

R. Amén.

Para que, enriquecidos por los dones de la fe,
la esperanza y la caridad,
abundéis en esta vida en buenas obras
y alcancéis sus frutos en la eterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo **✠**, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

María, Madre de la Esperanza, viene en nuestro auxilio, nos sostiene y nos invita a confiar y a seguir esperando. Id en paz y anunciad a todos los hombres la alegría de la fe y de la esperanza en nuestro Señor, que es nuestra fortaleza.

Podéis ir en paz.

R. Demos gracias a Dios.

Canto a la Virgen.

Oración del Jubileo 2025

Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo
reavive en nosotros,
Peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro Redentor.

A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.

Amén.

